

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO DE 1942-43



ALGUNOS RECUERDOS,
NO MUY ANTIGUOS, DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL

DR. D. ENRIQUE SOLER Y BATLLE

DECANO DE LA FACULTAD DE FARMACIA

BARCELONA

1942

A 11

II

10 42

A 11-IV-1042

INT 68243 M

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0702086041



UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO DE 1942-43



**ALGUNOS RECUERDOS,
NO MUY ANTIGUOS, DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA**

POR EL

DR. D. ENRIQUE SOLER Y BATLLE

DECANO DE LA FACULTAD DE FARMACIA



BARCELONA

1942

Excmos. Señores

Señores

SUCEDER indudablemente con los discursos que se leen en las solemnes sesiones inaugurales de curso, en las Universidades, lo que con todos los que, en cumplimiento de un deber reglamentario y sin más objeto que el de ajustarse a un determinado ceremonial, se escriben para una solemnidad de las que se repiten todos los años a plazo fijo; la primera dificultad con que tropieza su forzado autor es la elección del tema. La primera idea que se le ocurra será, en muchos casos, la de elegir un tema científico, pero muy a menudo verá en seguida cuán poco aconsejable es, para él, un tema de esta clase. Unas veces los estudios a que está dedicado el autor del discurso se refieren a materias que, aun siendo muy necesarias para el ejercicio de una profesión liberal, tienen tan escasa elevación científica que no parecen adecuadas para un acto de tal solemnidad; otras veces se trata de una disciplina científica demasiado especial, y aún sobradamente abstrusa, para que pueda interesar a la mayoría de los asistentes a la ceremonia. Hay materias que pueden interesar y agradar a cualquier persona ilustrada; por alejado que esté uno de los estudios de historia,

de literatura o de estética, oirá con gusto, y aún leerá después con delectación, un buen discurso sobre la época de los Reyes Católicos, sobre los dramas de Calderón o sobre la pintura del Greco o de Velázquez. Pero no ocurre lo mismo con ciertas materias de índole más especial, o más material; son muchas las personas ilustradísimas que, por más que los respetos humanos y sociales les impidan decirlo abiertamente, no pueden escuchar, sin sentirse abrumadas por el peso del más insoportable aburrimiento, un discurso sobre determinados temas de matemáticas, de física o de química. Y aunque, en ocasiones, sea posible sortear la dificultad tratando, no de la misma materia de la ciencia a que pertenece el tema, sino de sus adelantos y de los beneficios que proporcionan a la humanidad, siempre resulta difícil no incurrir en el error de entrar en detalles poco o nada inteligibles para los profanos, o en el de citar largas listas de beneméritos hombres de ciencia, cuyos nombres, siendo familiares para los que se dedican a los mismos estudios que ellos, no dicen nada a los que están consagrados a otras actividades intelectuales.

Claro está que, a pesar de todo esto, hay Catedráticos que logran escribir, para las sesiones inaugurales, discursos científicos interesantísimos que son oídos con deleite por todo el mundo, pero son muchos los que, huyendo de las dificultades a que he aludido, se deciden a desarrollar un tema no precisamente científico, sino relacionado con la misión de las Universidades, con su organización, o con la de la enseñanza en general; a la elección de temas así contribuye, además, otra causa. A consecuencia del turno por Facultades, y por antigüedad dentro de cada Facultad, a que obedece la designación del que ha de escribir y leer el discurso inaugural, suele correr éste a cargo de Catedráticos que, como el que esto escribe, pasaron hace ya mucho tiempo de la juventud, y ¿cuántos somos los profesores viejos, encanecidos en la enseñanza, que no creamos estar, gracias a nuestra dilatada experiencia, en el secreto de la serie de medidas que sería suficiente adoptar para convertir a nuestras Universidades en verdaderos dechados de perfección,

envidia de las naciones más civilizadas? Y aún en el caso, que se da alguna vez, de que recaiga la obligación del discurso inaugural en un Catedrático joven, por no quedar ninguno más antiguo en la Facultad a que toca el turno ¿son muchos los profesores jóvenes que, llevados de su entusiasmo juvenil y de su espíritu de modernidad, no se crean también en el secreto del modo de convertir a las Universidades en el arquetipo de la perfección?

Existe, por otra parte, en los que contamos ya un número de años más que respetable, una excesiva tendencia a considerar que las cosas de nuestra ya lejana juventud fueron mejores que las actuales, y que nunca llegarán las venideras a superarlas, ni siquiera a igualarlas; por algo nos calificó ya Horacio de *laudatores temporis acti*. Y, sin embargo, la realidad no es como los viejos nos empeñamos en imaginarla; la humanidad mejora constantemente, y aunque de vez en cuando sufra caídas, a veces pavorosas, logra siempre levantarse y reanudar su marcha adelante; buen ejemplo de ello tenemos, y bien reciente, en nuestra Patria.

No son las Universidades una excepción entre las cosas humanas; su marcha no está exenta de tropezones ni de caídas, pero a pesar de unos y otras sigue su trayectoria ascendente. No quiero establecer comparaciones entre las Universidades actuales y las gloriosas Universidades españolas de siglos pasados, porque las diferencias de época y de ambiente hacen que sean difícilmente comparables, pero limitándome a la Universidad contemporánea, creo poder afirmar que la de hoy es mejor que la de hace medio siglo, y que la de mañana será, indudablemente, mejor que la de hoy.

Esta idea optimista es la que, después de las vacilaciones naturales en estos casos, me ha llevado al tema que he de desarrollar brevemente en este discurso y que ha de ser la exposición de

ALGUNOS RECUERDOS, NO MUY ANTIGUOS, DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

A este tema me inducen, además, la consideración de que hace ya cincuenta y dos años que entré por vez primera, como alumno, en esta Universidad, de la que desde entonces nunca viví muy apartado, y el convencimiento de que el recuerdo de las cosas pasadas, buenas y malas, dando lugar a su comparación con las presentes, puede servir de lección y estímulo para trabajar en busca de mayor perfección y para no incurrir en los mismos defectos que nuestros predecesores.

Otra razón he tenido, todavía, para persistir en la idea del tema que he anunciado. En virtud del turno, antes aludido, por Facultades y por antigüedad, tocábame leer el discurso inaugural de curso, en esta Universidad, para el de 1935 a 1936; las vicisitudes sufridas por nuestro centro docente desde la proclamación de la república alteraron las cosas de tal modo que no sólo vi retrasado mi turno, sino que creí que no había de llegarme nunca, hecho del cual indudablemente me hubiera alegrado si no hubiese sido debido a causas tan profundamente trágicas. Y el recuerdo de ese desdichado período, de las perturbaciones que introdujo en la enseñanza, del despilfarro del patrimonio universitario, de la devastación del edificio, de la persecución de muchos Profesores, del asesinato de algunos de ellos, pertenecientes precisamente a mi Facultad y al número de mis mejores amigos; este recuerdo tan extremadamente doloroso me incita a buscar en otros recuerdos más lejanos y más apacibles un lenitivo para el dolor moral que difícilmente veremos calmado, antes de bajar al sepulcro, los que, amantes de nuestra Universidad, hemos tenido la desgracia de verla en semejante trance!

Al desarrollar, con la brevedad que exige la naturaleza de este acto, el tema propuesto, no he de exponer mis recuerdos relativos al profesorado, porque ni me siento con autoridad sufi-

ciente para juzgar a los que fueron mis maestros y a los que han sido mis compañeros, ni quiero incurrir en la falta de sinceridad que sería limitar la mención a aquellos de mis maestros cuyas enseñanzas recuerdo todavía, no sólo con complacencia, sino con verdadera gratitud. Tampoco he de hablar de las costumbres estudiantiles de mis tiempos de escolar, de cómo cambiaron después, de los conflictos escolares, de la relajación que en determinadas épocas ha sufrido la disciplina académica, de su restablecimiento, etc., etc., porque para tratar de todo esto, que tanta importancia tiene para la vida universitaria, sería necesario un estudio detenido que no cabe dentro de los límites de un discurso de esta índole. Por esto he de circunscribir la exposición de mis recuerdos a dos aspectos muy materiales, pero no por esto menos interesantes, de la marcha de la Universidad: el relativo al edificio universitario y a sus transformaciones y el que se refiere al desarrollo de sus recursos económicos.

El edificio. — Estaba ya la Universidad de Barcelona, cuando yo la conocí, instalada en el actual edificio. Había sido construido éste, de nueva planta, a mediados del siglo XIX, y se había pensado en albergar en él, además de las cuatro Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias, Derecho y Farmacia, de los servicios generales de la Universidad y de los de la Biblioteca Provincial y Universitaria, una Escuela de Bellas Artes y un Museo Anatómico para la Facultad de Medicina; ésta estaba entonces alojada, con bastante estrechez, en el edificio contiguo al Hospital de la Santa Cruz que ocupa hoy la Real Academia de Medicina y que había sido construido, en tiempo de Carlos III, para la Escuela de Cirugía Militar que fundara este monarca. Fué proyectado el nuevo edificio de la Universidad dando quizás demasiada importancia a lo suntuoso y descuidando en cambio un tanto lo útil; una vez construido hubo que adaptarlo como se pudo a las necesidades de la enseñanza y, para colmo de males, hubo que alojar en él mayor número de organismos que aquel para el que había sido calculado. El llamado entonces Instituto Provincial de segunda Enseñanza, la Escuela Normal

de Maestros y las dos Escuelas, entonces de creación reciente, de Arquitectura y de Ingenieros Industriales, ocuparon una buena parte del nuevo edificio, si bien para la Escuela de Arquitectura se aprovecharon los locales del último piso que, según el primitivo proyecto, habían de ser salas de dibujo de la Escuela de Bellas Artes que nunca llegó a existir allí, y para una parte de la Escuela de Ingenieros se utilizaron las salas destinadas en el proyecto a un Museo Anatómico que tampoco llegó nunca a instalarse. Así y todo, con lo que ocuparon el Instituto y las tres Escuelas antes citadas; con la instalación de la Biblioteca que, además del salón de lectura construído exprofeso para ella y de unos salones para despachos y otras dependencias, ocupó una gran extensión de locales para depósito de libros; con los salones del Rectorado y las habitaciones del Rector que, constituyendo un verdadero palacio, llenaron una gran parte del primer piso del ala derecha del edificio; con las oficinas de la Secretaría y el Archivo; con el magnífico Paraninfo en que este acto se celebra; con el llamado Salón Doctoral, después desaparecido, y con las viviendas de los empleados subalternos, que ocupaban toda la parte del último piso que dejaron libre unos locales destinados a las Escuelas de Ingenieros y de Maestros, otros utilizados por el Instituto de segunda Enseñanza y otros pocos destinados a dependencias de la Biblioteca, quedó el edificio de tal modo repleto que apenas sobró sitio para que se instalaran en él las enseñanzas de las Facultades. Y así ocurrió que, en mis tiempos de estudiante, el forastero que visitaba la Universidad admiraba sus fachadas de sillería, sus elegantes claustros, sus espaciosos salones y su suntuoso Paraninfo, pero los alumnos recibíamos las enseñanzas en locales húmedos y oscuros de la planta baja, y las enseñanzas estaban limitadas casi por completo a las clases orales, porque no había sitio ni medios para más. Se intentó el aprovechamiento de los sótanos; unos sótanos enormes, húmedos y lóbregos, malsanos, que se utilizaron algún tiempo para unos conatos de laboratorios y sirvieron más tarde para instalar en ellos una Escuela de Artes y Oficios que estaba en relación con la de Ingenieros; unos sótanos en que

están hoy algunas dependencias no destinadas a actividades docentes, como la cantina, y que, en su mayor parte, no sirven ni servirán nunca para otra cosa que para almacenar trastos viejos. Vista la inutilidad de los sótanos, se recurrió a otro expediente: el de cubrir patios para convertirlos en aulas, dejando así sin luz ni ventilación los locales contiguos. El resultado de todo ello fué simplemente deplorable.

Yo recuerdo todavía con horror una de las antiguas aulas de la Facultad de Farmacia en la que asistí a las clases de dos asignaturas durante mi vida de estudiante y en la que tuve todavía que dar mi clase durante algunos años en mis primeros tiempos de catedrático; era un antiguo patio cubierto por una claraboya en la que, por falta de ventilación, se condensaba en invierno, y volvía a caer en forma de lluvia, la humedad de la respiración de los que allí estábamos; me parece ver todavía a los alumnos apretujados unos contra otros, con el gabán puesto y el cuello del mismo levantado, formando grupos irregulares para esquivar el agua que caía de la claraboya y con una expresión de cara en la que claramente se leía su impaciencia por salir de allí.

¿Y los laboratorios? En la mayoría de las asignaturas de la Facultad de Farmacia se reducían a unas poyatas de albañilería, con conducciones de gas y de agua, dispuestas a lo largo de las paredes del aula; al lado de ésta existían unos locales tenebrosos en los que se guardaban aparatos y materiales. En otras asignaturas el laboratorio no era malo ni bueno, porque no existía. En la Facultad de Ciencias había un gran gabinete de Historia Natural, a modo de Museo principalmente zoológico, y un gabinete de Física con grandes vitrinas llenas de aparatos, pero sin espacio para trabajar; los laboratorios de Química destinados a los alumnos eran unos locales de la planta baja que recibían, por un patio, la luz estrictamente necesaria para saber si era de noche o de día, o para no andar del todo a tientas, y que carecían de toda instalación que no fuese la más pobre y rudimentaria.

Y así todo lo demás. Yo no conocía entonces los locales destinados a la enseñanza de las Facultades de Derecho y de Filo-

sofía y Letras, pero los he visto después; eran solamente unas aulas, sin seminarios, sin bibliotecas especiales, sin nada que pudiese servir para algo más que para que asistiesen los alumnos a clases orales, sin practicar trabajo ulterior ninguno de otra naturaleza.

Asombra hoy recordar lo que con tales medios, o, mejor dicho, con tal carencia de medios, hicieron algunos profesores beneméritos de otra época. Porque el estado de los locales universitarios a que me estoy refiriendo duró muchos años, y no se enmendó sin una larga serie de gestiones y luchas que han conducido, muy poco a poco, a su estado actual. Hoy es la instalación de nuestra Universidad muy diferente de la de entonces, aunque, como es natural, no nos satisfaga todavía completamente y pensemos todos en la necesidad de locales más amplios y de mejores y más abundantes medios de trabajo. Pero, con no ser nuestra instalación un modelo, ni una cosa definitiva (¿hay algo definitivo en este mundo?), es infinitamente superior a la de hace cincuenta años. Es más; hoy podemos enseñar el interior de nuestro edificio universitario, si no con orgullo, con la satisfacción del que muestra algo presentable; entonces no podía mostrarlo sin sonrojarse el profesor que se diese cuenta de lo que debía ser la enseñanza, y de lo ridícula que resultaba una Universidad con grandes y suntuosos salones, con un lujoso palacio para el Rector, pero con aulas míseras y sin seminarios ni laboratorios.

¿Cómo se ha logrado la transformación? No se ha logrado, como he dicho antes, sin luchas; han sido muchas las dificultades que ha habido que vencer; dificultades materiales, dificultades económicas e incluso, alguna vez, dificultades derivadas de la política local.

Cuando, en 1912, tomé posesión de mi cátedra, hacía ya mucho tiempo que los Rectores de esta Universidad habían dejado de vivir en el edificio universitario, pero no hacía mucho que había desaparecido el palacio rectoral; durante algunos años se había conservado dicho palacio, esperando quizá que algún Rector se decidiese a habitarlo, y aún, en cierta ocasión, lo había

aprovechado como vivienda algún catedrático que nunca fué Rector. Al ingresar yo en el profesorado, se había renunciado ya a que siguiese existiendo el palacio mencionado, se había destinado parte de él a oficinas, dedicando a ampliación de la Facultad de Farmacia los locales que habían ocupado hasta entonces las de la Secretaría general, y en el resto se habían instalado un aula y unos laboratorios de Química para la Facultad de Ciencias.

Aproximadamente en la misma época en que desaparecía el palacio rectoral había construído el Estado un nuevo edificio para la Facultad de Medicina y para el Hospital Clínico anejo a ella; hasta entonces había tenido dicha Facultad que aprovechar, para sus enseñanzas clínicas, el antiquísimo Hospital de la Santa Cruz, de fundación particular. Al trasladarse la citada Facultad al nuevo edificio, se utilizó el antiguo de la calle del Carmen (aquel en que está hoy la Real Academia de Medicina) para alojar en él la Escuela Normal de Maestros, y en los locales que dejó libres esta Escuela en el segundo piso del edificio universitario pudieron instalarse las asignaturas de la sección de Naturales, entonces recién creada, de la Facultad de Ciencias.

A estas mejoras siguió, poco después de llegar yo al Profesorado, la desaparición del Salón Doctoral. Estaba éste situado en el primer piso, frente a donde termina uno de los dos tramos en que se divide la escalera de honor; tenía la altura de techo correspondiente a dos pisos y estaba más o menos lujosamente decorado. Durante muchos años sirvió casi únicamente para que se celebrara en él, cada vez que había elecciones para las Cortes del Reino, la de Senador por la Universidad; aparte de esto, y de que se diera en él alguna conferencia, o se utilizara para alguna exposición de trabajos científicos, cosa que ocurrió poquísimas veces, estaba cerrado casi siempre. La escasez de locales para las clases fué causa de que empezaran a darse en él algunas de las de la Facultad de Farmacia, a pesar de que su excesiva altura de techo y sus malas condiciones acústicas lo hacían poco a propósito para este fin; más tarde se destinó por completo a la enseñanza, dividiéndolo mediante un techo en dos pisos de

altura normal e instalando en ellos, para la misma Facultad de Farmacia, un laboratorio de Química, cuyos dos pisos comunicaban entre sí por una escalera de caracol y que resultaba, por esto mismo, muy poco práctico; mucho más adelante, cuando el traslado de la Escuela de Ingenieros a que me referiré después, permitió instalar con más holgura los laboratorios de la Facultad mencionada, se suprimió dicha escalera, y los dos pisos en que se había dividido el antiguo salón pasaron a formar parte de dos laboratorios diferentes. Y hace pocos meses, cuando el laboratorio situado en la parte del Salón Doctoral correspondiente al primer piso estaba esperando turno para la reconstrucción, porque había quedado medio destruído al terminar la dominación roja, ha sido suprimido para destinar el local a un salón de conferencias que es de desear que tenga mayor utilidad que tuvo el Salón Doctoral antiguo. Entre tanto, está en proyecto la habilitación de un nuevo laboratorio que substituya al suprimido.

Más trabajosa que la conversión del Salón Doctoral resultó la conquista, para la Universidad, de los locales que ocupaba la Escuela de Ingenieros Industriales. En la época, a que antes he aludido, de mis primeros tiempos de Catedrático, se hablaba ya como de cosa muy próxima del traslado de dicha Escuela al edificio que, con el auxilio económico del Estado, había adquirido la Diputación Provincial para alojar un conjunto de instituciones docentes al que empezó entonces a darse el nombre de *Universidad Industrial*; una de estas instituciones había de ser la Escuela de Ingenieros, cuyo sostenimiento, lo mismo que el de la Escuela de Arquitectura, corría entonces en gran parte a cargo de la mencionada Diputación. Iniciáronse entonces unas luchas, que duraron bastante tiempo, entre el Profesorado de las dos Escuelas, que quería mantener su independencia, y los partidos políticos que preponderaban en la Diputación, o en la Mancomunidad de que formaba parte, y que pretendían imponer en aquellas instituciones docentes una dominación que hubiera sido quizá semejante a la que, años después, impuso a la Universidad la Generalidad que tan tristes recuerdos nos ha

dejado; la consecuencia de todo ello fué que la Mancomunidad renunciara a seguir contribuyendo al sostenimiento de ambas Escuelas y que una y otra pasaran a depender exclusivamente del Estado. Tenía entonces la de Ingenieros Industriales desmontado ya su material y dispuesto para el traslado al nuevo edificio, pero al ser incorporada al Estado lo volvió a instalar en el de la Universidad y perdió ésta, temporalmente, toda esperanza de poder utilizar para sus fines los locales que la citada Escuela ocupaba. Fué necesario que, años más tarde, el gobierno del general Primo de Rivera disolviese la Mancomunidad de Diputaciones Provinciales de Cataluña y substituyese por otras personas a los políticos que gobernaban estas Diputaciones para que, por fin, pudiese la Escuela de Ingenieros Industriales trasladarse a los locales de ella destinados en los edificios de la llamada «Universidad Industrial» y pudiese la Universidad de Barcelona utilizar, para sus enseñanzas, los locales que hasta entonces había ocupado dicha Escuela.

Entre tanto, se lograron también otras mejoras. El último piso del edificio había sido anteriormente destinado, en gran parte, a viviendas del personal subalterno; resultaba doloroso privar de estas viviendas a un personal modestamente retribuído, pero la verdad es que el espacio que ellas ocupaban era los locales a ella destinados en los edificios de la llamada «Universidad, y que en ellas vivían, no sólo los que, según las disposiciones vigentes, tenían derecho a ello, sino también muchos que, según las mismas disposiciones, no debían tener habitación en el edificio. Y poco a poco, a medida que fué renovándose el personal subalterno, se fueron suprimiendo viviendas hasta dejarlas reducidas a pocas más de las reglamentarias; y entre los locales que había dejado libres la Escuela de Ingenieros Industriales, y los que habían dejado de ser habitaciones, pudieron alojarse con decencia, ya que no con holgura, muchas de las enseñanzas de la Facultad de Ciencias y de la de Farmacia. A ello contribuyeron, además, los créditos que, desde entonces, fué concediendo para la construcción de laboratorios, etcétera, el Ministerio de Instrucción Pública.

Por la misma época se realizó otra reforma que dió lugar a una considerable ampliación y mejoramiento de los locales destinados a las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras. La Biblioteca Universitaria ocupaba todavía, para depósito de libros, numerosos salones del piso primero que no eran muy a propósito para ello y podían, en cambio, servir bien para la enseñanza; la construcción de un depósito de hierro de varios pisos, en un patio cubierto contiguo al salón de lectura, permitió destinar a seminarios y aulas para dichas dos Facultades la mayor parte de los salones antes mencionados.

Mientras todo esto ocurría en la Universidad, el Instituto de Enseñanza media (entonces Instituto Nacional de segunda Enseñanza), que ocupaba aún una buena parte del edificio universitario, se había ido encontrando en ella cada vez más estrecho, y no siendo posible pensar en ampliarlo dentro del mismo edificio, porque toda la capacidad de éste se necesitaba, y aún era insuficiente, para las exigencias de la enseñanza universitaria, se pensó, hace poco menos de veinte años, en construir en el jardín un pabellón para dependencias de dicho Instituto. Ocurrió entonces algo inesperado, y fué que a la construcción del pabellón se opusieron, recurriendo incluso, si no recuerdo mal, a los tribunales de justicia, los propietarios de las casas vecinas. De estas casas, construídas todas en época relativamente reciente (ninguna de ellas existía cuando yo era niño), la mayoría se habían edificado en solares que habían formado parte del jardín de la Universidad y que habían sido vendidos por el Estado a particulares, constituyendo a favor de éstos una servidumbre sobre el resto del jardín en virtud de la cual no se podía edificar en él. Con los propietarios se pudo llegar a un acuerdo, y el pabellón se construyó, pero lo ocurrido demuestra que, a fines del siglo XIX, se pensaba todavía tan poco en las necesidades futuras de la Universidad que, en vez de comprar los pocos terrenos que faltaban para redondear las dos manzanas que ésta ocupaba, y rodearla de un espacioso jardín en el que ahora se podrían levantar, sin perjuicio para el edificio principal, nuevos pabellones que aliviasen la angustia de los locales,

se vendía parte del jardín para que se edificasen dos hileras de casas, con fachada unas a la calle de Aribau y otras a la de Balmes, dejando así a la Universidad cerrado el camino para una posible ampliación.

En el estado que, a grandes rasgos, he intentado describir, se hallaba el edificio universitario cuando sobrevino la proclamación de la república y, poco tiempo después, la entrega de la Universidad a un patronato elegido por los políticos del nuevo régimen. Empezó entonces una verdadera fiebre de obras; se vió el edificio invadido por operarios de todas clases, bajo la dirección de un arquitecto escogido por el patronato, y en el breve tiempo en que éste pudo actuar se llevaron a cabo numerosas reformas, en su mayoría puramente ornamentales y de dudoso gusto, de las cuales quedan todavía numerosas y deplorables muestras. Y después, el dominio rojo con todas sus consecuencias, hasta dejar el edificio en el lastimoso estado en que lo encontramos los que, expulsados, a propuesta de un comité de mozos, por el organismo político que había resucitado, para llenarlo de oprobio, el nombre de la antigua Generalidad de Cataluña, pudimos reintegrarnos a la Universidad al ser liberada Barcelona por el glorioso Ejército Nacional.

Mucho ha habido que hacer en el edificio de la Universidad de Barcelona desde la liberación de la ciudad; mucho se ha hecho, y mucho queda todavía por hacer. Aparte de los ligeros daños causados en el edificio por unas bombas de aviación (que hay quien supone, no sin fundamento, que fueron lanzadas por aviadores del ejército rojo), la explosión de un camión cargado de trilita en las inmediaciones de la Universidad no había dejado, en gran parte de ésta, un vidrio entero ni un tabique que no estuviera caído o cuarteado; es fácil suponer cómo quedarían los muebles, y las instalaciones de gas, electricidad, etcétera, que se apoyaban en los tabiques caídos. Además, durante el gobierno de la república se había trasladado ya a otra casa el Instituto de Enseñanza media «Balmes», quedando libres los locales que ocupaba en el edificio; después de la liberación quedó libre también el pabellón del jardín a que me he

referido hace poco y que había sido destinado, por los que bajo dicho gobierno manejaban a su antojo, en Cataluña, los asuntos de las enseñanzas superior y media, a una secretaría general de Institutos. Por otra parte, durante el dominio rojo se habían cambiado de sitio muchas cosas, se habían quitado locales a unas Facultades para asignarlos a otras, se habían instalado varios despachos muy coquetones, aunque no de muy buen gusto, cuyo destino es ahora difícil averiguar, y, en conjunto, se había revuelto y modificado gran parte del edificio. Los Rectores y demás autoridades académicas tuvieron que enfrentarse, no sólo con un problema de reconstrucción, sino con uno de adaptación; que no hubiera sido cuerdo querer restituir los locales de la Universidad al estado en que se encontraban antes del Movimiento, y aún antes de la república, sino que era prudente sacar de las circunstancias el mejor partido que se pudiera, y poner dichos locales, en la medida de lo posible, en condiciones tales que constituyeran una mejora sobre las anteriores. Algo como lo que hace el propietario de una casa ya vieja, pero sólida, que no emprende ciertas reformas para modernizarla porque resultarían sobrado costosas, pero que, si ve su casa medio destruída por un incendio, no la reconstruye tal como estaba sino que aprovecha la desgracia para sacar, del dinero que le cuesta la reconstrucción, el mayor partido posible.

Y así ha llegado el edificio de nuestra Universidad al estado en que se encuentra hoy; exteriormente parece el mismo de hace cincuenta años, pero interiormente ha cambiado de tal modo que los que lo conocimos entonces tenemos que hacer un gran esfuerzo de imaginación para representárnoslo como estaba. ¿Estamos contentos con él? Ciertamente que no. En primer lugar, siempre resulta defectuosa la adaptación de una casa a necesidades de las que no se tuvo, al proyectarla y construirla, la más remota idea; en segundo lugar, en los cincuenta años últimamente transcurridos ha aumentado enormemente el número de los alumnos, se han multiplicado las enseñanzas, se han introducido nuevos métodos de trabajo, y todo ello exige un aumento constante de la capacidad de los locales y un mejora-

miento de sus condiciones; por esto, a pesar de todos los progresos realizados en tiempos anteriores, lo que queda por hacer y se está haciendo en el edificio de la Universidad no es simplemente reconstruir y adaptar, sino atender sin cesar a nuevas necesidades, materiales unas y espirituales otras. Hemos llegado a un punto en que no es probable, indudablemente, que haya catedráticos que se encuentren, como me encontré yo al llegar como tal a esta Universidad, con laboratorios tan deficientemente instalados, tan húmedos y oscuros, tan malsanos, que hagan poco menos que imposible toda enseñanza práctica; pero es seguro que, a pesar del enorme mejoramiento alcanzado desde entonces hasta ahora, la estrechez que, en todas las Facultades, empieza a sentirse ya, irá en aumento hasta reclamar imperiosamente la construcción de nuevos edificios o una ampliación considerable, y quizás difícil, del actual. Desgraciada de la Universidad si así no fuera; ello demostraría que había llegado a una fase de estancamiento y que había dejado por completo de cumplir su misión social.

Los recursos económicos. — De mis tiempos de estudiante recuerdo yo muchos de los locales de la Universidad, precisamente aquellos que frecuentábamos los escolares, en un estado de abandono rayano en la miseria. No nos llamaba esto mucho la atención, entonces, porque estábamos acostumbrados a ver en un estado semejante otros muchos centros. Locales cuya suciedad pedía a gritos la escoba, el agua y el jabón; paredes des pintadas y desconchadas; muebles desvencijados; empleados subalternos con uniformes rotos y mugrientos; esto se veía en muchas dependencias oficiales, no sólo en la Universidad. Y ¿cómo era, en ésta, el material científico? Pena da recordarlo; si en los rudimentarios laboratorios de aquella época existía algún aparato relativamente costoso, un microscopio por ejemplo, o una balanza de precisión, los alumnos teníamos que contentarnos con mirarlo de lejos, porque no era cuestión de fiar a nuestras pecadoras manos un aparato para cuya substitución, caso de estropearse, no se hubiera dispuesto, en mucho tiempo, del dinero necesario.

Es que entonces vivían las Universidades en un estado de penuria tal que, aún en aquella época en que el poder adquisitivo del dinero era muchísimo mayor que ahora, no podían permitirse lo más indispensable. ¿Qué importa que pudieran adquirirse por quinientas pesetas aparatos que hoy costarían algunos miles, si la consignación con que, para sus gastos ordinarios, podía contar cada laboratorio, se reducía a *cuarenta pesetas por trimestre*? Había que recurrir, para hacer algo, a expedientes que hoy parecen ridículos y casi inverosímiles. Así, por ejemplo, en aquel tiempo en que no se encontraban fácilmente en el comercio reactivos bastante puros para ciertos trabajos de análisis, o se encontraban sólo a precios demasiado altos, se preparaban muchos de ellos en los mismos laboratorios; pero para preparar sosa o potasa cáusticas puras se necesitaba una cápsula de plata que no se podía adquirir con los recursos ordinarios del laboratorio. Afortunadamente era entonces obligatorio el ejercicio de reválida para todos los nuevos licenciados y estaban obligados los graduandos a procurarse por su cuenta, esto es, pagándolas de su peculio, las primeras materias necesarias para las preparaciones que constituían el ejercicio práctico; se mandaba a varios de ellos que preparara cada uno una cierta cantidad, naturalmente no muy grande, de nitrato de plata, y llegaba así a reunirse, en una Facultad que tuviera enseñanzas de química, un peso relativamente considerable de esta sal. Se recuperaba luego la plata metálica, operación que, al mismo tiempo, resultaba instructiva para los alumnos, y con la plata obtenida se mandaba construir la cápsula, de la cual, de este modo, sólo había que pagar, como se decía entonces, la hechura. En nuestra Facultad de Farmacia queda todavía alguna cápsula de plata de esta procedencia.

La mejora de estas deplorables condiciones económicas, en las que se encontraban entonces todas las Universidades del Reino, fué lenta y paulatina. Una de las primeras disposiciones dictadas por el Gobierno para conseguirla consistió en establecer el pago, por parte de los alumnos de las asignaturas de índole experimental, de unos derechos de prácticas que se destinaron a

sufragar los gastos de los laboratorios, y aunque estos derechos se redujeron al principio a una cantidad muy exigua (diez pesetas por curso y asignatura) constituyeron un ingreso importante, en comparación con los recursos anteriores, para las Facultades que tenían un censo escolar algo numeroso.

Por otra parte, el Ministerio de Instrucción Pública empezó a destinar todos los años, a la adquisición de material científico para las Universidades y otros centros docentes, cantidades algo respetables, de cuya distribución cuidaba una Junta, y aunque quizás esta Junta no las distribuyó siempre con toda equidad, esas cantidades permitieron a las Facultades universitarias atender con menor estrechez a la reposición y renovación de su material científico.

Aumentáronse también, poco a poco, las consignaciones ordinarias concedidas a las Universidades para la adquisición de material, de libros, etc.; aumentó asimismo la cifra global consignada en el Presupuesto del Ministerio para obras en los edificios universitarios, y gracias a los créditos procedentes de dicha cifra global pudieron hacerse muchas de las reformas del de la Universidad de Barcelona de que he hablado antes. Pero la reforma económica que, sin duda alguna, más poderosamente ha contribuido a dotar de recursos a esta Universidad, y a todas las españolas, ha sido la establecida por un R. D. de agosto de 1926 que dispuso que la mitad de los derechos de matrícula, que hasta entonces se habían pagado íntegramente en papel de pagos al Estado, se satisficiera en metálico para constituir, en beneficio de las Universidades, una fuente de ingresos que no sólo les permitiera atender más holgadamente a sus necesidades ordinarias, sino que se destinase en parte a la formación de un capital cuya renta llegase a ser, andando el tiempo, uno de sus recursos más saneados.

Esta cesión a las Universidades, por parte del Estado, de una buena parte de los ingresos que de ellas obtenía el erario público, ha sido indudablemente, como he indicado antes, la más importante de las reformas de índole económica hechas en beneficio de la enseñanza universitaria. El aumento de los de-

rechos de prácticas, que, con haberlos quintuplicado, los ha dejado aún en una cuantía que no tiene nada de excesiva; el aumento de las consignaciones ordinarias procedentes del Ministerio de Educación Nacional, y la concesión de más frecuentes y cuantiosos créditos extraordinarios, para obras por ejemplo, facilitan a las Universidades los medios para una vida económica *presente* más desahogada, y a la Universidad de Barcelona, en particular, le permiten ir resolviendo, sin una dilación exagerada, los numerosos problemas materiales que le dejaron planteados los ocho años calamitosos que mediaron entre la proclamación de la república y el final de nuestra guerra de liberación; pero la formación de un capital que constituya un patrimonio propio de la Universidad puede asegurar a ésta, en tiempos venideros, una vida tan próspera como no la ha conocido nunca. Sólo se necesita, para ello, que se persevere durante bastantes años en el sistema y que los nuevos profesores que vayan viniendo a la Universidad lleguen a ella, como llegarán indudablemente, poseídos del espíritu de amor a la Patria, a la ciencia y a la enseñanza que es indispensable para una labor universitaria verdaderamente útil.

No quisiera terminar esta parte de mis recuerdos de la Universidad de Barcelona sin hacer notar que sus recursos económicos, por regla general, han procedido todos del Estado o de los alumnos y no de aportaciones de otro origen. Y hago notar esto porque tratándose de una Universidad situada en la segunda ciudad de España, capital de una región tan rica y próspera como Cataluña, podría creerse que las corporaciones locales la habían favorecido frecuentemente con subvenciones o donativos. No ha sido así; las aportaciones de las corporaciones locales han sido escasas y no se han concedido nunca para los fines generales de la Univesidad, sino para fines muy concretos y determinados. Así, por ejemplo, cuando hace ya bastantes años la Escuela de Ingenieros Industriales era sostenida todavía por la Diputación Provincial de Barcelona, ésta entregaba anualmente a la Universidad una suma que venía a representar una especie de precio de alquiler, bastante módico, de los

locales que dicha Escuela ocupaba. Análogamente, la misma Diputación y el Ayuntamiento subvencionan hace tiempo al Hospital Clínico de la Facultad de Medicina, que es, al fin y al cabo, una parte de la Universidad; pero dicho Hospital, que resulta establecimiento de beneficencia al mismo tiempo que de enseñanza, suple parcialmente al hospital provincial, que no existe, y atiende además a heridos de accidentes en la vía pública; presta, por lo tanto, servicios que son, en realidad, provinciales y municipales.

Al oír esto diría quizás alguno, si se atreviese a levantar la voz, que durante el gobierno de la república, y especialmente durante la dominación roja, la llamada Generalidad de Cataluña subvencionó a la Universidad con cantidades tan importantes que llegaron a sumar, en conjunto, unos dos millones y medio de pesetas; pero los que hemos vivido ese desgraciado y vergonzoso período sabemos que esto ocurrió después de haberse apoderado de la Universidad para entregarla, con fines políticos nada laudables, a un patronato que gastaba ese dinero en pagar sueldos a un numeroso y casi siempre innecesario personal nombrado con la mayor arbitrariedad, y en hacer obras, también muchas veces innecesarias y aun perjudiciales, que se encargaron, en gran parte, a industriales recién establecidos que disfrutaban, dentro de la Generalidad, de una influencia política considerable. En estas y otras cosas semejantes, y no en las verdaderamente útiles, se gastaron pródigamente aquellas subvenciones, y aún no bastaron; que se gastó también, con no menor prodigalidad, una gran parte del capital que la Universidad tenía ya acumulado antes de que se le impusiera la tiranía del patronato.

*

* *

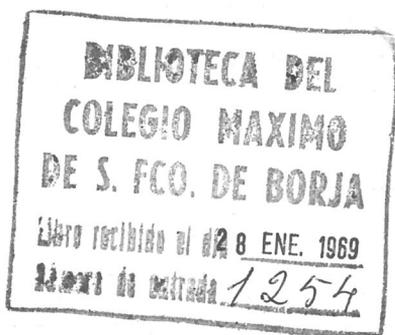
He tratado de poner de manifiesto, al evocar estos recuerdos, la marcha ascendente que, en las cosas materiales, ha podido seguir nuestra Universidad a pesar de todas las negligencias,

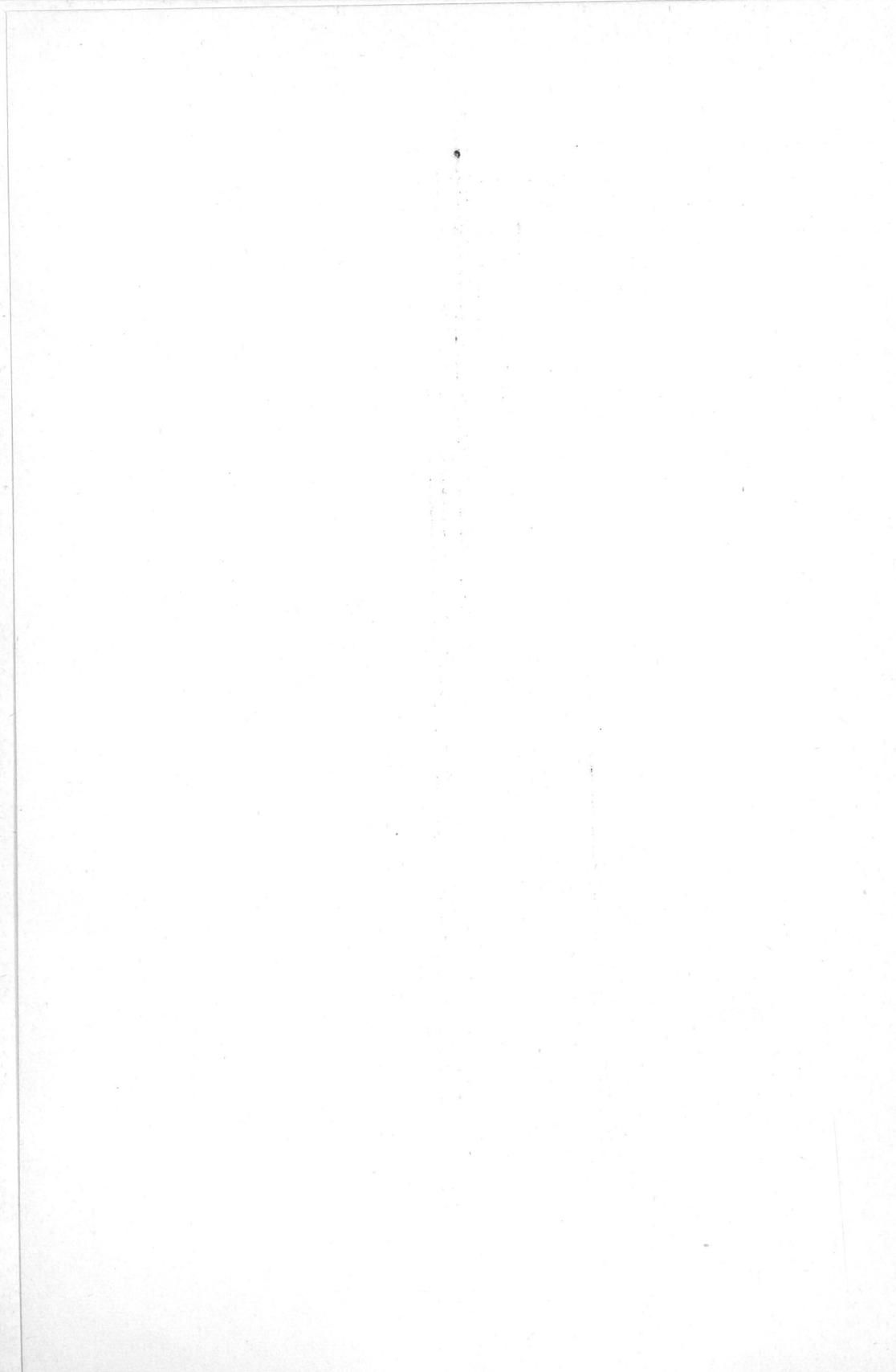
de todos los tropezones e, incluso, de las ingerencias extrañas que la han puesto en peligro de verse destrozada. Me he abstenido de aludir a las personas que han intervenido en la serie de hechos que he relatado, y a las cuales, en muchos casos, hubiera podido dedicar elogios merecidísimos, porque he querido hablar únicamente de la Universidad, que considero anterior y superior a todos nosotros.

Estoy convencido de que un estudio más profundo, para el cual se necesitaría, no sólo más tiempo, sino mayor competencia, vendría a demostrar que en las cosas intelectuales y morales ha sido también ascendente, aunque tampoco exenta de tropezones y caídas, la marcha de esta Universidad. Pero no estoy menos convencido de que tanto en las cosas materiales como en las intelectuales y morales hubiera sido esa marcha más continua y hubiera conducido a mayores alturas, a despecho de todas las circunstancias exteriores, si dentro de la Universidad todo el profesorado hubiese estado incommoviblemente unido por los ideales de amor a la Patria, a la ciencia y a la enseñanza a que, incidentalmente, me he referido antes. Para ser buen profesor se necesita vocación, una vocación que no retroceda ante la austeridad y el sacrificio; al profesor podrían aplicarse aquellas palabras de la Ordenanza militar que censuran al oficial «cuyo propio honor y espíritu no le estimulan a obrar siempre bien» o que se contenta «con el cumplimiento de lo preciso de su deber, sin adelantar nada de su propia voluntad». Y si vosotros, los profesores jóvenes en cuyas manos está el porvenir próximo de nuestra Universidad, sentís profundamente esa vocación y obráis impulsados por ella sin desanimaros ante los fracasos ni dejaros arredrar por la necesidad de los sacrificios, lograréis elevar nuestra *Alma Mater* a un esplendor que no hemos podido más que vislumbrar, casi en sueños, los que estamos ya al final de nuestra vida académica.

A ello habéis de contribuir también vosotros, escolares. El prestigio de todas las instituciones se basa principalmente en la excelencia de los frutos que dan, y mal se conseguirían estos frutos, ni serviría para nada el esfuerzo de vuestros profesores,

si vosotros no ajustarais todos vuestros actos al recuerdo constante de que vuestra primera obligación es servir a Dios y a España, y de que, dentro de la Universidad, tan elevado servicio ha de consistir en trabajar sin descanso para llegar a ser, al salir de ella, los hombres de provecho que la Patria necesita.





AGUSTÍN NÚÑEZ

IMPRESOR

PARÍS, 208

BARCELONA

